

México Ahora.

SEÑORÍO EN LA CULTURA

Reyes — El Hombre Niño

Mi primer recuerdo de Alfonso es de la Escuela de Altos Estudios. Inauguraba su cátedra de Literatura Española. Veo, todavía, su redonda cara de niño grande. Y eso era entonces: un grande niño grande.

En Jurisprudencia alguien lo interpeló:

—¿Cuándo te cansarás de ser niño prodigio?

Su respuesta fue rápida, incisiva:

—Más vale ser niño prodigio unos años que imbécil toda la vida.

Su sonrisa brincaba como la de un niño. Sus mofletes y su barba de *Kewpee*, despertaban en nosotros una confianza fraternal.

En una de sus primeras clases nos dió el consejo a que hice referencia en el *Saludo*. Cayó en tierra propicia. Nacieron muchas bibliotecas. De allí surgió la mía, la de Aurelio Manrique, la de Palma Guillén. De entonces, las conferencias sobre cultura mexicana, sobre cultura universal.

Realmente fue el lejano origen de la Universidad Popular. De esa amistad, nuestro gusto por lo delicado y por lo *nuestro*. De allí, el espíritu de seriedad —de no diletantismo— en muchos de nosotros.

Carlos Días Dufóo, el menor, le echó a la cara al delicioso y elegante Urueta una cruel frase:

—¡Tu Grecia es una Grecia de cartón!

Y de cartón pensamos que eran muchos de nuestros hasta entonces indiscutidos valores mexicanos.

Fuimos un poco *Snobs*. Nada nos satisfacía. Casi todo nos parecía ridículo. *Nuestro hermano el diablo* le espetó en una comida a González Martínez:

—¡Realmente, a Mallarmé sólo se le puede traducir al francés!

Desde entonces, se apuntaban en nosotros nuestros gustos definitivos. Estrada escribió en su *Visionario*:

“Uno hace cuentos. Gusta de evocar las cosas de antaño y de encontrarles sutiles relaciones con las de ahora. Su ideal sería escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encaje de una virreina.

“Otro tiene la inquietud de los ensayos. Su conversación, su persona misma son otros tantos ensayos. Espíritu selecto y exquisito, ama las cosas elegantes, las frases perfectas, los libros esenciales.

“El otro se conmueve líricamente ante los más variados aspectos de las cosas y tiene el ánimo alerta a todos los rumbos, como la rosa de los vientos. Emocionalmente es perfecto, porque es íntegramente admirativo. Lo mismo se consume en el estudio del prerrafaelismo que se deleita con las juglarías mexicanas o encuéntrasele en éxtasis de arquitectura en un rincón musgoso de la vieja Calle de San Miguel”.

Así, de verdad, Mariano Silva; tal, Julio Torri, y así, yo.

* * *

Alfonso era el hermano mayor. Con su cara de rorro nos presidía —presente o alejado—. Muchas de sus mejores cartas fueron de entonces. Desde Madrid, estaba pendiente de nuestro desarrollo. A él se debe el mote de *nuestro hermano el diablo* para Torri. Nos contaba de Madrid, del Escorial, de Toledo. “Toledo es un gran confite heroico”, escribía a Julio.

De esa época sus delicados y agudos *Cartones de Madrid*. Nos describía esa Villa. Nos pintaba sus tipos. Los dibujó para nosotros. Era una conversación íntima entre fieles y devotos amigos. Presidía la charla el hermano mayor.

* * *

No se puede escribir sobre Alfonso sin recordar a Manuela, su mujer. Alguien dijo en París: "Es la tierra firme en que se apoya Reyes —en la que, y gracias a la cual, ha podido vivir y triunfar".

Le hacía olvidar las privaciones. Le evitaba las molestias menudas. La estrechez que pasaban. Y fue una actitud mantenida durante cinco años. Cinco años duros en que Alfonso se salvó y se sostuvo con pluma. Cinco años de privaciones y de frío. Escribía Alfonso relatando esa vida, y con gran serenidad enumeraba sus menús repetidos, las maromas que hacía para mantener la pequeña familia con decoro; relataba sus ingeniosas invenciones para alegrar y entretener a su pequeño hijo y a Manuela. Cartas delicadas e intensas, plenas de humanidad y de ternura.

Pronto le pasaba el escozor. Tenía su pluma. Le sobraba talento. Tenía a su alcance todas las bibliotecas. Y de lejos tenía a Henríquez Ureña, el reflejo del que fuera glorioso Ateneo

Los amigos españoles, los *nuestros* de Madrid, le reconocieron pronto y le abrieron los brazos. Enrique Díez-Canedo fue su mejor amigo. Después Solalinde, Federico de Onís, Américo Castro...

De mi tío Francisco se quejaba en voz baja, alguna vez. Lo hallaba en ocasiones un poco agrio. Es que sufría mucho también. Es que tenía también —tras de ser retirado del servicio diplomático, dentro del cual había vivido— que sostener familia y apariencia.

Y era, por otra parte, que el corazón de Alfonso, siempre sediento de ternura, se dolía al más leve roce, al más leve dolor. Su resentimiento hacia mi tío duró lo que una nube de verano. Se unió

a él y lo quiso después como al que más. Reúne hoy sus notas para escribir sobre él:

—Estoy en deuda con su tío. Tiene mayor valor del que aquí le conceden.

* * *

No quería desligarse de nosotros. No olvidaba a su México. Siempre ha vivido en él. Ha latido con él. Ha sufrido y ha gozado en unión suya. No se apartaba nunca de su mente —igual que estuviera en Madrid, París o Buenos Aires. Nada más injusto ni falso que aseverar que alguna vez se haya desatendido de lo nuestro.

Le mandó a Torri sus *Cartones de Madrid*. En humilde mas cuidada edición de *Cultura*, se imprimieron en México sus deliciosas primicias españolas.

En Madrid era ya conocido. Su colaboración en la revista *España* fue constante. *El Sol* lo calentaba con sus rayos. Calleja le acogió en sus brazos robustos. Era muy dura la tarea, pero salió adelante. El grande niño grande pudo de nuevo sonreír. Satisfecho y alegre comenzó a mandarnos sus poesías. Se formó un libro. Lo editó Botas: *Huellas*. Nuestros amigos no cuidaron la edición. Comentaba García Calderón:

—Es un libro de erratas con uno que otro verso.

* * *

El berrinche de Alfonso no era para contarlo. Henríquez Ureña le calmó. Tanto, que el minucioso y eficaz Genaro seguiría siendo el responsable de los encargos de aquel. *Nuestro hermano el diablo*, que se sintió también culpable, se escondió por un mes. Lo cobijaba el Arcipreste: "Otros nacen en Venus, ¡nunca se les olvida!"

Alfonso, ya calmado, encontraba su Eckerman en el formal Estrada. Por desgracia, la vida nos lo arrebató fuera de tiempo.

No se ha podido conformar nuestro hermano mayor, el niño grande. Pero... son ya muchos fantasmas. Mis recuerdos se empeñan en abrazarse a los que ya pasaron. Dejemos que descansen. Se va a enfadar Alfonso...

Charlaremos más tarde de sus libros.

Queden aquí prendidas, por un tiempo, su tierna y firme humanidad y su sonrisa.

Xavier ICAZA.

Novedades.

México. 3 de Febrero de 1948.

GRATA COMPAÑIA

Sabemos que un nuevo libro de Alfonso Reyes nunca nos defrauda. Nos consta muy bien que es un artista de cepa, el más fino prosista de América y uno de los primeros escritores de habla española. Todo esto queda confirmado una vez más con su último libro, *Grata Compañía*,* que acaba de aparecer en las pulcras ediciones *Tezontle* y que ostenta en su portada ese cerro regiomontano que los lectores españoles sudamericanos del *correo literario* de Alfonso Reyes conocen tan bien como nosotros.

En los últimos años nos ha estado entregando él su archivo —“reliquias”, “astillas”, “testimonios”...— en folletos fuera de circulación; éstas son también hojas de su archivo, reunidas por vez primera en volumen. *Grata Compañía* —acertadísimo título— es una colección de ensayos de muy diverso carácter; pero libros así son quizá los que mejor nos pintan a su autor, los que mejor nos manifiestan su riqueza intelectual, la inquietud de su espíritu, la flexibilidad de su estilo. Si *El Deslinde* o *La crítica en la edad ateniense* son obras de índole sistemática, esta *Grata compañía* —como las clásicas *Simpatías y diferencias*— nos muestra un Alfonso Reyes en su plenitud vital más en cuerpo y alma.

Tomemos, casi al azar, frases que nos den, a grandes rasgos, una idea del libro.

Veamos, por ejemplo, lo que dice de la obra de Proust: “En la novela de Proust todo es necesidad, trama vegetativa e íntima, como la de las fibrillas en el tejido de la piel”; es una “obra capitosa y blanda, que se apodera de nosotros con todas las atracciones de un vicio secreto”; y también: “Odette nunca se interesó en las monografías artísticas de Swann. Proust tampoco”. Veamos cómo juzga

* REYES, ALFONSO. *Grata Compañía*. Tezontle. México, 1948.

a Lugones: "Su prosa tenía a un tiempo mismo las elegancias de la geometría francesa, el latigazo eléctrico americano al modo de Martí, y el rumor de órgano secular de las catedrales españolas". Veamos cómo sintetiza la obra inmensa de Chesterton: "Bajo el aire de la paradoja, hace que los estragados lectores del siglo XX acepten, a lo mejor, un precepto del Código o una enseñanza del Catecismo". Veamos cuán certeramente aprecia el arte sutil de Stevenson, que sin llenar su lenguaje de arabismos —en las *New Arabian Nights*—, sabe "preferir, para todos los motivos patéticos o risueños, los solos elementos visibles, y combinarlos en bellos equilibrios".

Uno de los capítulos más finamente trabajados es el llamado "Juan Jacobo sale al campo". Se refiere al episodio de las cerezas de que habla Rousseau en sus *Confesiones*. "Una familia entera, la familia Serand —nos informa Alfonso Reyes— . . . , se ha consagrado a establecer los hechos, los lugares, fechas, horas, personas y otros pormenores" del episodio. El despeja esa laudable *recherche* de la "documentación parasitaria" y nos da unas páginas que son un auténtico poema.

Lo mismo nos habla de la "dureza clásica" de San Martín que de la depurada frivolidad, la inútil eficacia francesa de Boní de Castellane; del pesimismo realista que informa la poderosa visión histórica de Burckhardt que de la flexibilidad intelectual de Graça Aranha, "maleable a las inquietudes de la última juventud brasileña". Evoca la figura de Lindberg, "centauro de su avión", y la figura de Keyserling: "Eslavo: por la figura y los reflejos, por el marco de la cara, la implantación de los ojos y el fruncimiento peculiar de la boca. La barba, en mango de sartén. Gigante Familiar".

Pero no es un simple gusto de dar con la frase justa —la flecha en el blanco—; también sabe hablarnos, con hondura humana, de Henríquez Ureña, el "dorio de América", de su erudición vivificante, de su ansia de darse; también sabe hablarnos de sus recuerdos personales de Unamuno, "el terrible maestro"; y de Antonio Caso: "No

contábamos con que también Antonio Caso había de morirnos . . . Nos consolaba que existiera" ("y como un inesperado símbolo de mando, descansaba, allí entre los papeles, su bastón con puño de plata, emblema de su mariscalato: el más noble, el indiscutible").

Esta diversidad de temas podría hacer inconexo el libro de Alfonso Reyes. Las mismas circunstancias externas en que se escribieron sus capítulos parecerían conspirar a ello: unos ensayos están fechados en París o en Madrid, otros en Río de Janeiro; unos en Buenos Aires, otros en México. Las primeras líneas datan de 1912; las últimas, de 1946. Por otra parte, muchas páginas son meras improvisaciones. He aquí cómo empieza su ensayo sobre Eça de Queiroz: "¿Escribir sobre Eça de Queiroz, así de improviso, prevenido con cinco minutos de anticipación? . . . ¿Por qué no? Esto me devuelve la fresca emoción de mis años de periodista". La mayoría de las anotaciones del artículo *Goethe y América* proceden de "cierto apresuradísimo ensayo que, no sin temeridad, envié a la revista *Sur*"; y las de la página consagrada a Lugones son "líneas improvisadas bajo el choque de la noticia" de su muerte.

Sin embargo, el libro es lo menos heterogéneo que sea dado imaginar. Porque lo que se nos manifiesta ante todo, bajo la "fermosa cobertura" de su estilo, es el hombre íntegro —agudeza y sensibilidad, inteligencia y corazón— que es Alfonso Reyes. Y es ejemplo magnífico de superación y de constancia, para cualquier joven americano, la trayectoria que aquí se nos muestra.

Antonio ALATORRE.

SUMA *Bibliográfica*.

México, N^o 10, febrero de 1948.

Págs. 243-4.

ALFONSO REYES, CRÍTICO Y ERUDITO

Alfonso Reyes: Grata compañía (México, Ediciones Tezontle, 1948) y *Entre Libros* (México, El Colegio de México, 1948).

I

Hay un Alfonso Reyes poeta y cuentista; hay otro traductor y Maestro (así, con mayúscula). Pero, quizá el más Alfonso Reyes de todos conocidos o posibles sea el crítico y erudito. El Alfonso Reyes de *Cuestiones estéticas*, *El Cazador*, de *Simpatías y Diferencias*, de *Cuestiones gongorinas*, de *Capítulos de Literatura Española*, de *La crítica en la edad ateniense*, de *La antigua retórica*, de *El deslinde*, para citar sólo algunos de los títulos más difundidos. En una palabra: el Alfonso Reyes de los dos volúmenes que pretextan esta nota; volúmenes de ensayos, prólogos y reseñas bibliográficas.

En este Reyes, que ahora propongo a la atención del lector, cohabitan las siguientes especies que algunos distraídos juzgarán inconciliadas: un crítico sutil y original, un erudito infatigable, un devorador de libros, un estilista. Porque este Reyes —para decirlo en términos más coloquiales— lee todo, tiene todo fichado, juzga todo con lucidez y autoridad, escribe con gracia incomparable. Es, parece ser, el crítico perfecto.

No teme —como algunos entristecidos candidatos a la genialidad— las áreas subalternas o anónimas de la erudición: fichaje de documentos, copia de manuscritos, cotejo de variantes, corrección de pruebas. Tampoco teme perder su originalidad estudiando con esmero a otros críticos reseñando servicialmente su labor, citando las ajenas opiniones. No teme, en fin, que los ociosos, los irresponsables, lo acusen de impersonal, de meramente descriptivo al emplear todos los materiales de la crítica (incluso la impresión subjetiva) para la composición, la creación, de una unidad superior: el juicio

pulido por la personalidad que lo suscribe, es claro; pero válido, también por la calidad del trabajo, por la intensidad del estudio, por la suma de experiencia que lo informa (¿y qué trasnochado, qué imprevisorador, pudo creer que el juicio es cosa meramente subjetiva?).

II

Frente a la crítica impresionista que los americanos copiaron dócilmente a los europeos a fines del siglo pasado se alzó en las primeras décadas del nuestro, una nueva corriente que en Alfonso Reyes, el mexicano, encuentra uno de sus más valiosos ejemplares. Los críticos de su escuela estudiaron con ahinco sus textos, se formaron en severas disciplinas filológicas, elaboraron (desde el peldaño más humilde hasta la culminación del edificio) en la tarea de dotar a la crítica en nuestro idioma de un cuerpo sólido de investigaciones, de un programa de trabajo, de normas eficaces y maduras.

Reyes fue a Madrid el año 1914. Allí trabajó con Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos; preparó, como ayudante de Raymond Foulché-Delbosc (como albañil, escribiría más tarde el propio Reyes) una edición crítica de Góngora; anotó libros para la biblioteca de "Clásicos Castellanos" de "La lectura", y para la serie clásica de la editorial Calleja; escribió reseñas bibliográficas —sobrias, certeras, enriquecedoras del tema— para la *Revista de Filología Española* y para *El Sol de Madrid*.

Sus inquietudes no se redujeron al mundo clásico español. Estuvo atento a las corrientes literarias de su hora: leyó Proust, tradujo a Chesterton, comenzó a Henri Michaux. Tampoco descuidó señalar ningún aporte a la cultura hispanoamericana: ya se tratara de una edición de la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, o una bibliografía venezolana, o un libro sobre Rodó. Su labor crítica fué de incomparable intensidad. Casi diría: abrumadora. Pero su estilo jamás denotó fatiga; fue (sigue siendo) ágil y fresco.

No sé de ejemplo más provechoso para la juventud americana de hoy que el examen de la obra crítica de Reyes, ya sea en sus obras

más ambiciosas, ya en sus volúmenes más modestos, como los que ahora publica. En estos puede verse, por encima del motivo circunstancial que justifica cada página, la labor de un hombre. Digo mal: no la labor, sino el resultado de la misma, la cosecha. Mírese este ejemplo, tomado de *Grata compañía*. Siete páginas le bastan a Reyes para examinar las relaciones (que Proust no indicó) entre Charles Swann y los cuadros de Vermeer, así como para trazar el sutil enlace que puede descubrirse entre el arte del pintor de Delft y el arte del novelista francés. Dice Reyes: “Y este halo de ilusión microscópica, de luz penetrada hasta los átomos, ¿no recuerda, acaso, el arte mismo de Marcel Proust? Este procedimiento de apariciones estáticas, que paulatinamente la luz analiza y descifra, hasta metamorfosear los cuerpos en almas no es, con mucho, el procedimiento de Marcel Proust? ¿No nos ha dejado, así, el novelista, algo como el santo y seña de su obra, al deslizar entre otros nombres el nombre en apariencia accesorio de Vermeer de Delft?” (V. página 73). Siete páginas que dibujan lo esencial del tema que doce años después desarrollaría independientemente, en una monografía, René Huyghe; siete páginas que son el producto último de una honda lectura de Proust, de un estudio penetrante del arte de Vermeer.

Otro ejemplo, de *Entre libros*, este. En 1913 Reyes comenta para la RFE una edición del *Guzmán de Alfarache* preparada por Julio Cejador (Madrid, Renacimiento, 1913). En unas ocho páginas resume su juicio, documentado y personal, a la vez, sobre la edición y apunta con ironía algunos errores, algunos excesos del editor. Pero su labor no ha terminado ahí: incluye, además, un examen breve y penetrante de la obra y la personalidad de Mateo Alemán, examen que no olvida tocar problemas tan fundamentales como la creación estilística en Alemán en comparación con la de un contemporáneo. Cervantes; o el de la contaminación en las páginas de la novela de lo narrativo por lo moral y viceversa. Otros hubieran necesitado quizás un volumen y aún así seguirían en deuda con el tema.

III

Al evocar a uno de sus maestros y compañeros desaparecidos, don Antonio Caso, confesaba Reyes en 1946: “*La muerte reclama cada día más lugar en nuestro pensamiento y empezamos a sentirnos como aquella espiga de Heine, olvidada por el segador en mitad del campo*”. Estas patéticas palabras declaran una preocupación principal del Reyes de estos últimos años. Por eso, antes que el segador recupere esta espiga olvidada (su propia vida), el Maestro se apresura a apretar en volúmenes su cosecha de horas. Reúne toda la obra, hasta la menor página, y hace bien. Porque ninguna página suya es indiferente. Todas están tocadas por la magia de su prosa, por su elaborada erudición, por su crítica luminosa. Hace bien, aunque él mismo considere muchas de sus obras con grave humildad y les anteponga advertencias como ésta: “*Las noticias literarias que aquí se reúnen, para servicio de aficionados y recordación de algunos amigos, sólo buscan el fin modesto de guardar en letras de molde, y en esa colección que se llama un libro, los papeles que de otra suerte se vuelven un estorbo en las gavetas y hasta un peso muerto en las conciencias*”. (V. *Entre libros*, página 5).

Los volúmenes que ahora publica Reyes difieren en su contenido, en su alcance, no en su espíritu. *Grata compañía* recoge juicios críticos sobre distintos escritores y personalidades europeas y americanas de todos los tiempos. En sus páginas alternan un prólogo de 1919 a Chesterton, con uno a Burckhardt de 1943; una nota sobre Goethe y América con diversos apuntes sobre Descartes (en su estética, en sus sueños) o sobre las novelas de Eça de Queiroz; la evocación dolorida y cordial de Pedro Henríquez Ureña con algunos recuerdos de Unamuno. Libro desigual en sus temas, en sus proporciones, va desde la nota que apenas se extiende sobre dos páginas (con ese fragmentarismo de esencias que ya indicaba Medardo Vitier) hasta el ensayo medular que abarca unas cuarenta.

Si algunas notas revelan su apresurado o circunstancial origen,

en ninguna puede señalarse la ociosidad del pensamiento o la trivialidad de la palabra.

Entre libros reúne las reseñas bibliográficas compuestas por Reyes entre 1912 y 1923. Dentro de la uniformidad de criterio (siempre lúcido, bien informado y sutil), Reyes recorre todas las proporciones del género, desde la mera información servicial hasta el análisis exhaustivo y enriquecedor, sin omitir, por cierto, la pequeña nota incisiva y destructora de tanta vaciedad o incompetencia. Este volumen completa la obra ya recogida por su autor en las dos series de *Capítulos de literatura española* (1939), y debe ubicarse junto al recuerdo vivo, artísticamente trabajado, de *Las vísperas de España* (1937) o a las páginas informativas que bajo el título de *Reverso de un libro* publicara en *Pasado inmediato y otros ensayos* (1941). Queda así documentada casi toda la labor de Reyes en la península, labor fecunda para nuestra cultura hispanoamericana, y ejemplar también de lo que debe ser la colaboración científica entre españoles y americanos.

Emir RODRÍGUEZ MONEGAL.

Marcha.

Marzo 30 de 1948.

GRATA COMPAÑÍA

"Tezontle". México.

Alfonso Reyes

I

Coincidiendo con la muy grata visita de la Misión Cultural de México —cuando se publiquen estas líneas habrá dado ya don Antonio Castro Leal, el agudísimo ensayista, el excelente investigador, la última conferencia de una serie memorable en la que han participado ilustres escritores de la vecina República— me llega el último libro de Alfonso Reyes, el mexicano universal. El título sencillo parece un símbolo de la vida del gran escritor. *Grata compañía*, han sido para Alfonso Reyes las figuras evocadas en su último libro. Y el lector ha de sentirlas también, al través de las páginas alfonsinas, como familiares y gratísimas.

Divide Reyes su último libro en dos partes. La primera comienza con un ensayo sobre *Las nuevas noches árabes de Stevenson*: son páginas breves y sutiles escritas en 1912; termina con el *Prólogo a Burckhardt*, cuyas *Reflexiones sobre la Historia Universal* publica el Fondo de Cultura Económica de México, en 1943. En esa misma sección encontramos cuatro estudios sobre Chesterton, unos comentarios a Marcel Proust, otros sobre la estética y los sueños de Descartes y unos ensayos sobre *Goethe y América* y Rousseau (*Juan Jacobo sale al campo*). En la segunda sección los artículos son más breves. Se inicia con el dedicado al libro de memorias de Boni de Castellane, el noble francés un poco aventurero; finaliza con los Elogios de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña. En esta segunda parte hay unas notas sobre Unamuno con unos dibujos que el gran español regaló a Reyes. Esta reproducción de unos dibujos desconocidos